

parte alguna. No la transportaron, pues, cadáver a la carreta cuyas huellas vi cerca de la choza y reaparecen uniendo la carretera de Arlés con Santas Marías, en donde se esfuman confundidas con las de otros cien carromatos en dirección a los cuatro puntos cardinales del planeta. ¿He hecho bien o he hecho mal en no espolear a los magistrados a husmear de todos los bohemios procedentes de Santas Marías? ¿Quién ponderará nunca bastante el espanto de tal responsabilidad? Pero ¿no equivalía esto a advertir a los fugitivos que su crimen se había descubierto, cuando lo conveniente era sorprenderlos? Con su astucia milenaria, apelarian a sus inagotables recursos para no entregarnos a Odette. ¿No debí tener en cuenta que el golpe se dió, sin duda, horas antes de nuestra llegada a Lavardens, y que esos miserables, por tanto, dispusieron de sobrado tiempo para urdir la coartada? No, no. Razón tuve para no entregarme a una problemática persecución, indudablemente prevista por los raptos. Por Calixta debía recuperar a Odette *si aún había tiempo*. Y lo había, pues vivía Odette. Pero Calixta se esforzó cuanto pudo en hacer creer a *El Pulpo* en su muerte. ¡Ah! ¡*El Pulpo*!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPITULO XIII do. 1625 MONTERREY, MEXICO

EXPLICACIONES

TRANSPORTADO de júbilo, que quiso al punto comunicar a Juan, Rouletabille se apresuró a ir al castillo. Halló a su amigo allí, echado en un canapé, durmiendo, vestido, agitado sueño en constante pesadilla.

Se despertó bruscamente.

—¡Odette vive!, estoy de ello seguro.

Juan le miró huraño.

—Si de ello estás tan seguro, ¿por qué no nos la traes?

Rouletabille oyó la frase sin inmutarse; se sentó al lado de Juan y, asiéndole de las manos, le dijo:

—Veo que las palabras de Hubert te impresionaron mucho ayer tarde. Ahora, ya no es Hubert el miserable, sino yo. Vamos, Juan, mírame y dime todo lo que encierra tu corazón.

Juan no pudo contener las lágrimas.

—Perdí la cabeza, es cierto—repuso—; perdóname, ya

no sé adónde volverme; me circuye el desastre... no creo ya en nada.

—¿Sigues creyendo en el amor?

—Sufro demasiado para no creer en él—respondió el desgraciado Juan.

—¿Pero dudas de la amistad?—preguntó en voz baja Rouletabille.

—Te pido perdón—repitió Juan ocultando el rostro con las manos.

—Vamos, vamos, Juan; sé que desde nuestro último viaje a Lavardens, abrigas contra mí un mal pensamiento, mal pensamiento que has intentado arrojar, pero que no se fué enteramente. Y voy a decirte por qué no se fué enteramente. Un día en París, al despedirme de ti y de Calixta, oí, pues tengo el oído muy fino, lo que me ahorra en ocasiones el trabajo de escuchar por las rendijas, que Calixta te decía: «Está visto que no puedes ir a Camargue sin que te acompañe Rouletabille. He ahí un país realmente encantador para los jóvenes.»

—Cierto—declaró Juan—. Calixta no te ha querido nunca, y no ha perdonado medio ni ocasión para separarme de ti... Te juro que no lo ha logrado... ¡abracémonos! Se abrazaron efusivamente.

—Ahora—exclamó Juan suspirando—, dime lo que sepas de Odette.

Rouletabille le contó entonces el descubrimiento de la choza, su último ojeo y la conversación que sorprendió en labios de Calixta y *El Pulpo*.

—¡*El Pulpo!*, ¡a todas horas *El Pulpo!*—exclamó Juan—. ¡Dios mío!, ¡tanto como te previne! ¡Y conocía a Calixta! Ambas debían de entenderse en contra nuestra ya en París.

—Es muy probable, en efecto—expuso calmoso Rouletabille—, que Calixta, maestra en el arte de despertar celos...

—¡Ah!, no hablemos de esto—suspiró Juan—. Sólo te pido que de hoy en adelante detestes a la señora de Meyrens como yo odio a Calixta, y así andaremos mejor los dos, te lo aseguro... Entonces, pues, ¿las seguiste?

—No.

—¡No seguiste a Calixta!—exclamó Juan.

—No; porque sé dónde hallarla—respondió el repórter—. Después de oír aquellas palabras, ¿no interesaba, ante todo, saber si Odette vivía o había muerto?

—¿Y la choza te reveló esto?

—Esto y otras muchas cosas.

—Pero en fin, si te entiendo bien, la prueba de la existencia de Odette me parece muy precaria. Pudieron llevarse para matarla en otra parte.

—¿En dónde?—preguntó Rouletabille obligando a sentarse a Juan, que se había levantado con los ojos agrandados por visiones de horror—. ¿En dónde? Pero ¿no dices que se la llevaron en un carronato?

—Y lo repito. Primero e inmediatamente después del atentado se la llevaron en un auto, y precisamente para despistar; los bohemios que acuden a Santas Marías no

acostumbran a viajar en auto... ¡Del auto se llevaron a Odette a la choza y de la choza la trasladaron a una carreta!...

—Te comprendo bien; pero escúchame a la vez, Rouletabille... ¿No dijiste que esta carreta, según las huellas, siguió el derrotero de Arlés a Santas Marías, y precisamente en la noche en que esta raza maldita celebraba la fiesta de Santa Sara?

—¿Un crimen ritual?—repuso muy tranquilo el repórter.

—¿No viste como yo al viejo Alari? No se sabe lo que ocurre en la cripta en esta abominable noche...

—Cálmate, te lo ruego; en este orden de ideas he pensado, en efecto, que todo era posible...; así, lo primero que hice en Camargue fué cerciorarme de que no había por qué tomar en cuenta tan horrible hipótesis...

—Y tú, ¿sabes lo que ha ocurrido en la cripta? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Pero ¿cómo? ¿No has dicho tú mismo que el hecho de aparecer en Santas Marías te ponía en trance de no salir de allí?

—Sí; pero yo no he parecido por allí, querido Juan. Basta a veces que se me crea muy lejos cuando estoy cerca, muy cerca... ¡Confiemos en que muy pronto estaré cerca de Odette!...—añadió con amable sonrisa y despidiéndose de Juan.

—Pero ¿adónde vas? Te acompaño.

—No; duerme, que ya hace cuarenta y ocho horas que no duermes.

—¿Y tú podrías decirme cuánto has dormido en tres días?

—Pero, querido, si he dormido a mi placer. Aquí, un cuarto de hora; allá, media hora... Ya sabes que esto es mi costumbre.

—Mientes, Rouletabille: no has pegado los ojos.

—Pues bien, ello es cierto. Hasta ahora «no me he estirado a mis anchas»; pero vas a ver cómo conservo todo mi buen humor. Ese bueno de Crousillat y su epiléptico escribano el señor de Bartholasse no saben los pobres a qué atenerse... Vamos a reírnos y a divertirnos un rato.

—Déjame ir contigo, Rouletabille.

—No—replicó el repórter—. Quiero que permanezcas en *Viei-Caston-Nou*, o al menos que no te alejes, porque...

—¿Por qué?

—Porque es preciso que se sepa dónde podré hallar...

—¿Quién?

—Uno que te traerá seguramente noticias de Odette...

—Pero ¿eres brujo?

—Quizás... Adiós, Juan...

Juan le detuvo aún asiéndole de la chaqueta:

—Pero, en fin, a mí, Reuletabille, a mí, si realmente sabes quién es el asesino, bien puedes revelarme su nombre.

El repórter, tras un momento de fluctuación, se acercó a Sautierne y le murmuró al oído unas palabras, y a continuación huyó, dejando a Juan completamente abobado.

CAPITULO XIV

EL SUEÑO DEL GENDARME

C*omplicidad?* He aquí la palabra que iba masculinando Rouletabille, cuando se vió en la propiedad de Hubert. escalado el muro que separaba al *Vieil-Caston-Nou* de la «Cabaña», pues los magistrados habían condenado el postigo. Hasta este momento no había perdido un solo minuto, apresurado en realizar cuanto juzgaba de mayor urgencia. Pero al cabo de una hora pensó que una indagación seria en la casa de Hubert, aunque éste fuera inocente, podría ser de gran provecho.

Además, tenía motivos para apresurarse. El juez de instrucción, señor de Crousillat, movido por su escribano Bartholasse, que execraba profundamente a Rouletabille en particular y en general a los periodistas, se había opuesto a que aquél entrase en la casa. Se había sellado la puerta de la casa, que había sugerido tantos cargos contra aquel Hubert, defendido por Rouletabille con asombro de todos... Además, el señor Crousillat ha-

bía apostado allí a dos gendarmes con orden de impedir a todo el mundo el acceso y de vigilar la casa...

Ya una vez Rouletabille había visto surgir a los dos cancerberos cerrándole el paso... Y no insistió. Quiso que se confiaran y aun avivasen la vigilancia. En fin... Aprovechó para entrar en casa de Hubert al amanecer, pues había observado que el gendarme de guardia en aquel momento cedía a la fatiga y al sueño. En una palabra, considerando propicia la coyuntura, husmeó la casa y, sin ser sorprendido, llegó a un respiradero por el cual se deslizó. Del respiradero saltó a un ventanuco y de aquí a un tragaluz, viéndose al cabo de cinco minutos no más en el despacho de Hubert.

A través de la puerta sellada percibió un ronquido sonoro y regular. Era el gendarme, allí de guardia.

Seguro de no ser estorbado, Rouletabille se puso a registrar los muebles con el tacto que ponía en todas sus cosas. Vacío los cajones de una pequeña mesa de despacho y examinó detenidamente uno por uno todos los papeles que contenían. No descorazonó al repórter, sino todo lo contrario, el hecho de haber pasado por allí la justicia. Solía decir que ésta siempre le facilitaba la tarea dejando a su cargo cuanto podía importar al asunto en tramitación y reservándose ella lo demás.

Sin embargo, esta mañana no topaba con nada que concerniese directa o indirectamente a los acontecimientos que habían revuelto tan trágicamente aquel rincón de Camargue, y se preguntaba si no había completa-

mente malbaratado el tiempo, cuando columbró entre los libros alineados en muebles y estanterías un enorme volumen que le llamó la atención por su aspecto vetusto.

No era Hubert, ciertamente, un bibliófilo. Su biblioteca era bien pobre: se reducía a unas cuantas novelas de aventuras últimamente publicadas, a relatos de viajes y a algunas revistas de *sport*. La venerable obra, cuya encuadernación delataba abundantes estragos del tiempo, constituía una anomalía en aquel marco moderno, refugio de un arte a la vez pretencioso y simplista, que con harta frecuencia vemos en las casas de los jóvenes hechos a vivir en un ambiente de elegancia a la moda.

Daban cierta originalidad al aposento algunos objetos raros traídos de lejanos viajes, como carátulas de bronce, cuyo rictus salvaje sorprendía al visitante no prevenido; pieles de fieras que hacían pensar en grandes carcerías, compradas quizás en los bazares... Pero ¿cómo se hallaba este libraco en la mansión de Hubert? Rouletabille no dejó de interrogar al propio libro; lo manoseó y vió que parecía un antifonario sin serlo realmente. Al entreabrirlo cayó en el suelo, de entre las hojas, un cuchillo apuñalado. Rouletabille se inclinó, lo recogió y al punto comprendió que más que arma era un cortapapeles.

En realidad, el repórter comprobó que estaba cortada una página, o más bien arrancada del mismo sitio por donde el libro se abrió. La página faltaba; ¿con qué ob-

jeto se arrancó aquella página? Y, ante todo, ¿qué libro era éste? Los caracteres eran extraños, parecidos a los griegos, bizantinos o eslavos... Rouletabille reconoció algunas letras. Los vió muy semejantes en su último viaje a los Balkanes, pero no sabía leer una sola palabra completa y mucho menos descifrar el sentido.

Aquel libro encadenó su interés. Su valor debía de ser no escaso. ¿Por qué se le mutiló? ¿Y por qué se había estropeado la cubierta, que al tacto y a la vista ofrecía grandes hoyos?

Por lo pronto Rouletabille dejó estas mutilaciones a cargo del tiempo, si bien no se le escapó al examinar la obra de cerca que eran relativamente recientes.

El joven guardó en el bolsillo el cuchillo-puñal, puso una señal de papel donde se abrió el libro, luego lo cerró y miró la cubierta por arriba y por abajo. Prestamente dedujo que debió de haber tenido incrustadas piedras de alto valor, pues el libro era realmente suntuoso. Decoraban sus páginas magníficas iluminaciones y viñetas toscamente dibujadas, pero de efecto seductor, siendo, sin duda, por los coleccionistas muy apreciado el conjunto. Era, indudablemente, un libro *ritual*, pero faltaba por determinar a qué religión concernía.

De pronto, atrajo su atención un hoyo de la cubierta en que debió encajar o quedar montado el herraje de en medio y febrilmente rebuscó en uno de sus bolsillos interiores y sacó la joya que había hallado en casa de Odette y juzgó conveniente apropiarse. Esta joya, o más

bien el motivo central de este colgante, encajaba exactamente en el hueco del herraje del libraco.

El signo fatal, la cruz y la media luna, el *signo* sagrado de los bohemios, *cerró en otro tiempo el libro*.

—¡Uf!—dijo respirando con fuerza Rouletabille—, es muy posible que mi pábilo por la casa del señor de Lauriac no haya sido enteramente inútil.

Cinco minutos más tarde abandonaba *Lou-Cabanon*, dormido aún el gendarme.

En Arlés, el señor conservador de la biblioteca municipal, apenas llegó a su despacho y sin tiempo para sacar las gafas del estuche, vió que corría hacia él como un vendaval y jadeante un joven que traía bajo el brazo imponente envoltorio, del cual sacó, sin decir oste ni moste, uno de los más antiguos ejemplares de la bibliografía ortodoxa que en toda ocasión pasaron bajo la nariz de aquel honorable funcionario.

—Señor conservador—le dijo el joven—, he aquí un objeto que deseo someter a su sabio criterio. Nadie ignora su incomparable competencia, sobre todo tocante a lenguas orientales...

—Las leo todas—interrumpió modestamente el señor conservador—y hablo algunas...

—Pues bien; vea usted este mirlo blanco. Dígame usted lo que opina acerca de «mi pobre mamotreto».

El señor conservador no se dignó ni siquiera sonreír. Estaba ya en éxtasis.

Sus ojos, de par en par abiertos tras los gruesos cris-

tales; la carrera temblorosa de los recios dedos por la preciosa obra, todo delataba en él un entusiasmo que no por ser concentrado era menos inmenso.

—¿Es hermoso, hem?—dijo Rouletabille.

No obtuvo respuesta.

Ya podía hablar el repórter. El señor conservador no tenía oídos. Toda su vida se reconcentró en la mirada y en el tacto.

—Pues bien; le escucho—exclamó el repórter.

El señor conservador seguía leyendo. Había empezado por la primera página y acababa de «encetar» la segunda. Y no parecía dispuesto a saltar ni una soía línea.

Rouletabille se sentó decidido a revelar, por mucho que le costase, paciencia y buena voluntad... Sabía que los sabios tienen sus pequeñas manías, y, sobre todo, no toleran que se les atropelle.

Esperó, pues era forzoso esperar. Y más sabiendo que algunos de estos señores, bajo la máscara de infantil sencillez, suelen ocultar diabólica malicia y se burlan cuanto pueden y sin parecerlo de las entendederas de los demás.

Entretanto, el señor conservador, leída ya la segunda página, empezó la tercera. Entonces, Rouletabille se levantó muy tranquilamente, se acercó suavemente al señor conservador, sacó del bolsillo del chaleco su enorme reloj y lo colocó en la tercera página casi rozando con la nariz del señor bibliotecario.

El funcionario contempló un momento aquel cuadrante

cual si fuese una bestia monstruosa de especie enteramente desconocida, y luego levantó la cabeza, espetándole al joven sombría mirada de asombro y de inquieta interrogación. La mirada parecía decir: «¿Qué pretende este gahnápiro?» o «¿quién ha dado permiso a este señor para entrar aquí sin llamar?»

Rouletabille dirigió al sabio la más simpática de las miradas:

—Quiero advertirle, señor, que este libro tiene cuatrocientas páginas y le he enseñado mi reloj para recordarle que son las nueve y media de la mañana. ¿A qué hora confía, señor, acabar la lectura? Tengo varias cosas que hacer en la ciudad: ¿cuándo he de volver?

—Dentro de ocho días, señor; vuelva usted dentro de ocho días. Este libro es una maravilla, señor. Quiero leerlo y releerlo. Si fuera bastante rico para comprárselo, no lo vería usted más.

—Y si me perteneciese, señor, se lo regalaría a usted.

—Por esta galantería, señor mío, ¿qué desea usted de mí?

—¿Es un libro romancho? ¿No es eso?

—Veo que está usted informado. ¿Es usted acaso «de la partida»?

—No, señor—respondió Rouletabille, que por nada del mundo hubiera revelado su profesión de periodista a un funcionario, sabiendo que todos los funcionarios detestan naturalmente a todos los periodistas—; no, señor, pero yo he viajado mucho y he dicho al amigo que me

ha prestado este libro: puedo equivocarme, pero me parece que éste es un libro rom.

—¿Qué dijo su amigo?

—Que viniera a consultarle a usted, señor.

—Hizo bien. Pues sí, señor; este libro es muy antiguo y está escrito en la lengua tradicional de los gitanos... Vea usted lo que se lee apenas se abre. Leo en la cubierta esta frase curiosa.

—Traduzco—dijo el señor conservador afianzando los lentes:

Este es el libro de los antepasados. El que respete este libro, lo salve en caso de peligro, lo devuelva si se extravía, merecerá envidiable recompensa.

Y más abajo:

El que lo robe o lo destruya será castigado con pena de muerte.

—¡Demonio!—dijo Rouletabille—. Severos son los antepasados. Afortunadamente, murieron antes que el que los robó.

—¿Su amigo, pues, ha robado este libro?—preguntó el bibliotecario mirando a Rouletabille por encima de los cristales.

—¡Caramba! Se le olvidó decírmelo—replicó el repórter riendo de buena gana—; pero que esto quede entre nosotros, señor conservador: le creo muy capaz de ello.

—Tiene usted, señor, amigos muy singulares—murmuró el honorable funcionario pellizcándose los labios.

—Sepa usted, señor conservador, que mi amigo es un

empedernido bibliófilo y la bibliofilia permite excusar muchas cosas.

—Señor—exclamó el bibliotecario, rojo como la grana apenas oídos apotegmas tan peligrosos para la moral pública como para la privada—; señor, no creo que haya en Francia, ni quizás en Europa y hasta me atrevo a decir en todo el mundo, bibliófilo más empedernido que yo. Sin embargo, no he robado a nadie, señor.

—Y lo creo sin dificultad, señor. Tiene usted todas las cualidades de un hombre honrado. Y en cuanto a este libro, ya descubriré la incógnita... Ya me dirá mi amigo cómo ha ido a parar a sus manos la procedencia y si se lo ha apropiado honradamente. Y si no contesta decorosamente a estas preguntas, le amenazaré con denunciarle al procurador de la República, a no ser que...

—¿Cómo?

—A no ser que lo regale a la biblioteca de Arlés.

De pronto, la fisonomía del señor bibliotecario empezó a distenderse poco a poco hasta la sonrisa.

Tendió su zarpaza a Rouletabille, diciéndole:

—Es usted un hombre genial, señor.

—Y usted, otro—replicó el repórter sacudiéndole la mano con efusión afectuosa—; pero yo no soy un sabio, no lo soy; ¿puede decirme qué más hay en este libro?

—Textos sagrados, señor; enseñan los ritos usados en la consagración de ciudades, templos, altares, *acampamientos*.

Iba, conforme hablaba, volviendo las páginas.

—He aquí un capítulo que trata del arte de tomar los augurios, de interrogar al porvenir... La raza romancha ha gustado siempre mucho de este linaje de ejercicios... Este libro data seguramente de la época en que este pueblo nómada se estabilizó durante algunos siglos en el cercano Oriente... No me asombraría, por lo que puedo conjeturar a primera vista, que tengamos en la mano el libro ritual ortodoxo de los romanchos, que fugitivos de Asia se establecieron en Europa y cuyos descendientes fundaron el Patriarcado de Transbalkania...

—¡Lo que me está usted diciendo es muy interesante, señor conservador!

—¡Ah! Dios mío—exclamó de súbito el bibliotecario, como si acabase de recibir doloroso golpe en mitad del pecho.

—¿Qué ocurre, señor, qué pasa?

—¡Ay!, falta una piedra en este monumento, quiero decir, una página en este libro... ¿Qué vándalo, qué miserable ha arrancado esta página? Y es tanto más lamentable, señor, cuanto la falta de esta página interrumpe una curiosísima profecía, que acabo de leer en la página precedente...

—Una profecía—subrayó Rouletabille, dejando de bromear y cambiando de pronto el semblante, como si repentina idea hubiese pasado por su cerebro constantemente en brega—; ¿podría usted traducirme el texto auténtico de esta profecía?

—Así dice lo más fielmente traducido:

«Tiempo vendrá en que nacerá para la raza una reina, que llevará sobre la parte izquierda de la espalda la señal de la corona...»

«Nacerá esta niña de una bohemia y de un extranjero...»

«Y en su reinado, la raza recuperará la antigua prosperidad.»

A medida que el bibliotecario iba leyendo, el rostro de Rouletabille se iluminaba con sorprendente fulgor... Ya el repórter, antes que el señor conservador acabase de leer la última palabra de la profecía, a duras penas dominaba su emoción...

—¡Ah! Ahora comprendo, ahora—exclamó.

Y con gestos insensatos sacudía la gorra.

—¿Se vuelve usted loco?—preguntó el conservador—. Creo que usted lo entiende, pues yo lo traduzco.

—¡Ah, señor!, no sólo comprendo esto, sino que comprendo también cosas que antes no comprendía.

—Pues yo no le comprendo a usted.

—Sepa usted, señor conservador, *que ahora comprendo por qué fui saqueado...*

Y sin más preámbulos, Rouletabille arrancó el precioso libro de las garras del bibliotecario. Este, despavorido y sobresaltado, exclamó:

—¿Pero ha sido usted saqueado, usted?

—Quiere usted decir que más bien soy yo el que tiene fama de salteador. Pues bien: voy a llevar este libro donde me lo encontré. Quema... quema... No me avengo a sufrir la muerte decretada por los antepasados, no.